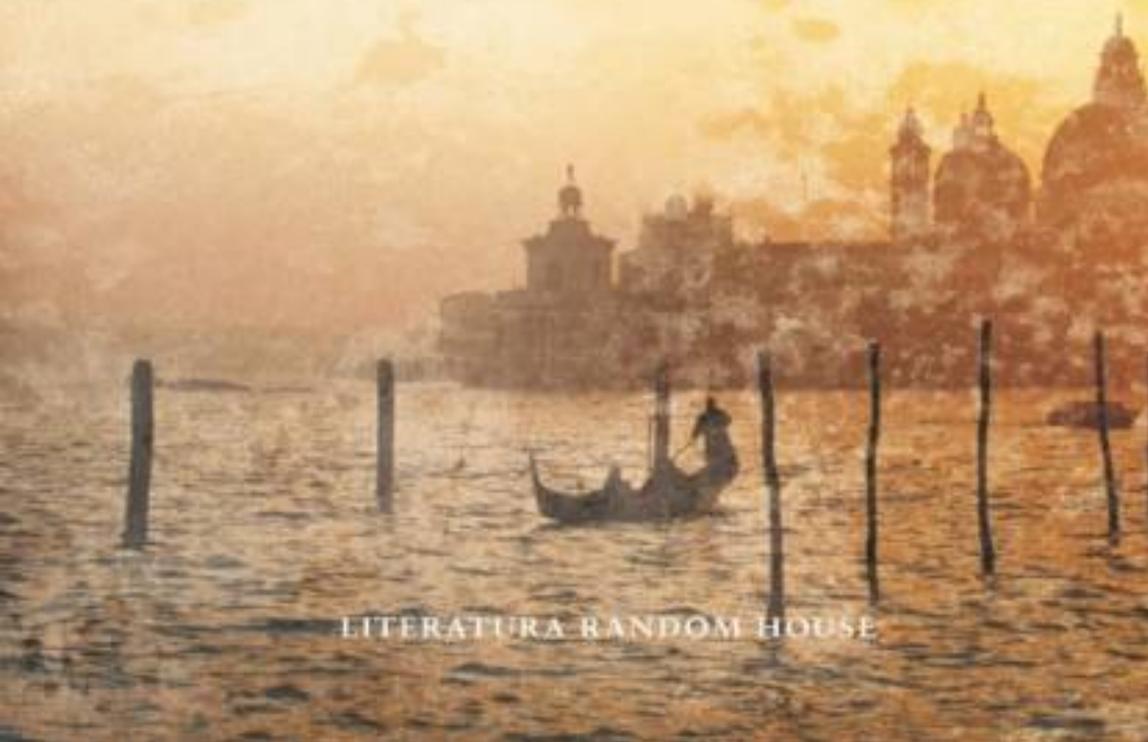


GEOFF DYER

Amor en Venecia, muerte en Benarés



LITERATURA RANDOM HOUSE

GEOFF DYER
Amor en Venecia,
muerte en Benarés

TRADUCCIÓN DE JOAN RIAMBAU

www.megustaleerebooks.com

Para Rebecca

En cada paso la huella ya estaba presente.

ROBERTO CALASSO

Enormes muros y torres y rocas y balcones — un panorama a lo largo del recodo del río como Venecia a lo largo del Gran Canal o vista desde la Giudecca— hasta el ardiente *ghat* de Manikarnika...

ALLEN GINSBERG, *Indian Journals*

PRIMERA PARTE

AMOR EN VENEZIA

Desgraciadamente, la película no era gran cosa; además, nunca me gustó la novela.

JOSEPH BRODSKY, *Watermark*

Los destituidos, los vencidos, los desencantados, los heridos, o los simples aburridos, parecen haber encontrado allí algo que ningún otro lugar puede ofrecer...

HENRY JAMES

Una tarde de junio de 2003 en que parecía que la invasión de Irak no había sido tan mala idea después de todo, Jeffrey Atman salió de su piso para dar un paseo. Tuvo que salir porque desde que se había pasado el alivio del principio ante la situación general —el alivio de saber que Saddam no había utilizado sus inexistentes armas de destrucción masiva contra Londres y que el mundo entero no había sufrido un holocausto—, los innumerables agobios y frustraciones de su situación particular habían vuelto a acosarlo. El trabajo de esa mañana había sido un coñazo. El supuesto «artículo de reflexión» (pensado para no exigir ninguna reflexión por parte del lector y poca más por parte del escritor, pero aun así superior a sus fuerzas) de mil doscientas palabras que tenía que escribir le provocó tal tedio que se había pasado media hora mirando fijamente el correo electrónico de una línea dirigido al editor que se lo había encargado: «No puedo seguir haciendo esta mierda. Atentamente, J.A.».

La pantalla presentaba un duro dilema: «Enviar» o «Eliminar». Así de simple. Si hacía clic en «Enviar», todo se acabaría. Si hacía clic en «Eliminar», volvería a donde había empezado. Si acabar con la vida de uno fuera tan fácil, habría miles de suicidios a diario. Te das un golpe en el dedo del pie camino del cuarto de baño. Clic. Al desayunar, te manchas el puño de la camisa de mermelada. Clic. Empieza a

llover en cuanto sales de casa, pero te has dejado el paraguas arriba. ¿Qué hacer? Sube a por él, vete sin él y empáptate, o... Clic. Pero mientras estaba sentado mirando fijamente el mensaje, a punto de mandarlo, sabía que no lo haría. La sola idea de enviarlo bastaba para disuadirlo. De modo que en lugar de mandar el mensaje o continuar con su artículo sobre una nueva y «controvertida» exposición artística de la Serpentine, se quedó sentado, paralizado, sin hacer nada.

Para romper el hechizo que lo atenazaba, hizo clic en «Eliminar» y salió de casa como si hubiera de la escena de un espantoso crimen aún por cometer. Con suerte, el aire fresco (si se podía considerar tal) y el movimiento lo reanimarían y le permitirían dedicar la noche a acabar aquel absurdo artículo y hacer los preparativos del viaje a Venecia que debía realizar al día siguiente por la tarde. ¿Y cuando llegara a Venecia? Más bazofia en cantidades industriales. Debía cubrir la inauguración de la Biennale —esa parte estaba chupada—, pero le había surgido una entrevista con Julia Berman (o, al menos, una posible entrevista con Julia Berman) y ahora, además de escribir sobre la Biennale, se suponía que tenía que convencerla —que rogarle, suplicarle y rebajarse en general— para que le concediera una entrevista que garantizaría todavía más publicidad al álbum de próxima aparición de su hija e inflaría la hinchada reputación de Steven Morison, el padre, un artista extraordinariamente sobrevalorado. Además tenía que asegurarse, como mínimo, de que ella cedía a *Kulchur* los derechos exclusivos para reproducir un dibujo que le había hecho Morison, un dibujo que no había sido publicado antes y que no

había sido visto por ningún miembro de *Kulchur*, pero que, debido al temor a que una publicación rival se hiciera con él, había adquirido el estatus de objeto excepcional y valioso. El valor de cualquier parte aislada del acuerdo era irrelevante. Lo que importaba era que, en términos de marketing y publicidad (o, desde un punto de vista editorial, de tirada y anuncios), todos los planetas se alinearan. Tenía que entrevistarla y que marcharse con el dibujo y los derechos para reproducirlo. Mandaba cojones... Una mujer que empujaba un cochecito de niño todoterreno le lanzó una mirada rápida y apartó la vista todavía más deprisa. Él debía de haberlo hecho: no hablaba en voz alta, sino que formaba palabras con la boca, sincronizando inconscientemente con los labios el torrente de quejas que le rondaban constantemente por la cabeza. Cerró bien la boca. Tenía que dejar de hacerlo. De entre todas las cosas que tenía que dejar de hacer, esa era la primera de la lista. Pero ¿cómo se deja de hacer algo cuando uno no se da cuenta de que lo está haciendo? Charlotte era quien se lo había hecho notar cuando todavía estaban juntos, pero seguramente él ya llevaba años haciéndolo. Hacia el final se refería a esa práctica de karaoke murmurado como «esa cosa». «Esa cosa —decía—. Ya estás haciendo esa cosa otra vez.» Al principio era una broma entre ellos. Luego, como el resto de cosas en un matrimonio, dejó de ser una broma y se convirtió en la manzana de la discordia, un problema, una fuente de resentimiento, uno de los múltiples factores que hacía la vida en el Planeta Jeff —como ella bautizó el yermo inhabitable de su matrimonio— insoportable. Lo que ella no entendía, decía él, era que la vida en el Planeta Jeff

también era insoportable para él; de hecho, más que para cualquier otra persona. A eso se refería ella exactamente, decía Charlotte.

Hoy día no tenía a nadie que le avisara de que andaba por la calle pensando en voz alta. Era una costumbre muy fea. Tenía que dejar de hacerlo. Era posible que mientras andaba por la calle estuviera formando esas mismas palabras con la boca: «Es una costumbre muy fea, tengo que dejar de hacerla, es posible que mientras voy andando por la calle esté formando esas mismas palabras con la boca...». Volvió a cerrar la boca para interrumpir su hilo de pensamiento. El único modo de poner fin a la costumbre de formar palabras con los labios era dejar de formar las palabras en su cerebro, dejar de tener las ideas que formaban las palabras. ¿Y cómo lograrlo? Era una tarea importante, la clase de logro que se consigue en un *ashram*, y no de forma superficial en un salón de belleza. Al final, todo lo que a uno le pasa por dentro se manifiesta externamente. El interior se exterioriza... Hizo un esfuerzo por sonreír. Si pudiera acostumbrarse a hacerlo continuamente, de forma que su cara pareciera alegre en reposo, el exterior se interiorizaría y sería capaz de sonreír internamente. En cuanto dejaba de concentrarse en sonreír, su cara retomaba la norma adusta. «Norma» era sin duda la palabra adecuada. La mayoría de las personas que se cruzaban con él parecían terriblemente deprimidas. A juzgar por sus caras, muchas de ellas parecía que tuvieran el alma ceñuda. Tal vez Alex Ferguson estuviera en lo cierto y masticar chicle ferozmente era la única salida. De ser así, la solución estaba al alcance de su mano en forma de tienda de periódicos.

Tras el mostrador había una joven india. ¿Cuántos años tendría? ¿Diecisiete? ¿Dieciocho? Era guapísima y tenía una sonrisa radiante, algo poco corriente en su trabajo. Tal vez hacía poco que había empezado, estaba tomándose unos días libres en sus estudios de bachillerato o como quiera que se llamara hoy, sustituyendo a su malhumorado padre, quien pese a hablar poco inglés se había adaptado hasta tal punto a la vida inglesa que parecía tan cabreado como un descendiente de normandos. A Atman siempre le sorprendían sus encuentros con aquel hombre porque, pese a su brevedad, lograban arrebatarle la más mínima sensación de bienestar que tenía al entrar en el local. Costaba reprimir la costumbre de decir «por favor» y «gracias», pero como represalia, como protesta ante la negativa del hombre a respetar las muestras básicas de cortesía, Jeff siempre cogía lo que iba a comprar —el periódico, una chocolatina— y le entregaba el dinero en silencio. Ese día fue distinto. Jeff le dio una moneda de una libra a la chica. Ella le devolvió el cambio, lo miró a los ojos y sonrió. Al cabo de unos años apenas se fijaría en la persona a la que atendiera; se limitaría a levantar la vista, coger el dinero y procurar no convertir ese intercambio en algo más que la transacción financiera de bajo nivel que era. Pero de momento se trataba de algo totalmente mágico. Era muy fácil hacer que la gente (es decir, Jeff) se sintiera un poco mejor con su vida (es decir, consigo mismo) y hacer del mundo un sitio un poco mejor. El misterio residía en por qué tanta gente —y había muchas ocasiones en que él mismo se podía contar entre ese grupo— optaba por hacer del mundo un sitio peor. Se marchó del establecimiento sintiéndose más feliz que cuando

había entrado, cautivado por ella, incluso un tanto excitado. No exactamente excitado, sino intrigado. Intrigado por saber qué tipo de ropa interior llevaba debajo de su camiseta y sus tejanos de cintura baja —exactamente la clase de pensamiento que, presuntamente, la comunidad musulmana (la supuesta comunidad musulmana)— esgrimía como justificación del velo. Pocos días antes había leído que los musulmanes británicos eran los más amargados, resentidos y fastidiados de toda Europa. De modo que ¿a qué venía todo aquel debate en torno a la necesidad de los musulmanes de integrarse en la vida británica? El hecho de que estuvieran tan cabreados era una señal de profunda asimilación. ¿Qué mejor prueba podía haber?

Mientras masticaba una barrita de Topic —en el último momento había optado por chocolate en lugar de chicle—, Jeff entró en Regent's Park. El hecho de que a esa hora ya debería haber vuelto a casa y haberse puesto a trabajar no hizo más que empujarlo a seguir adelante, atravesó el parque bajo el cielo henchido de nubes y cruzó Marylebone Road.

Atman, que era un animal de costumbres arraigadas, estaba programado para dirigirse a la pastelería Valerie's con solo pisar Marylebone High Street y pedir un café solo acompañado de leche caliente y un cruasán con almendras, aunque no le apeteciera ninguna de las dos cosas. Normalmente iba allí por las mañanas, pero ahora, con el tedio de la sobremesa, era demasiado tarde para el café y demasiado pronto para el té (de hecho, era ese momento del día en que a nadie le apetece nada) y muy tarde para leer el periódico, que había leído de forma extraordinariamente

concienzuda para aplazar la escritura de su estúpido artículo. Afortunadamente, contaba con la compañía de un libro: *Venecia observada*, de Mary McCarthy. Lo había leído por primera vez cuatro años antes, después de volver de la Biennale de 1999, y había empezado a releerlo —junto con otros libros clásicos sobre Venecia— como preparativo del segundo viaje. El cruasán tenía el tamaño y el aspecto de un pequeño pavo asado, y mientras lo masticaba le dio tiempo a leer todo el apartado dedicado a *La tempestad*, de Giorgione.

McCarthy consideraba que había «una nueva melancolía en el ocio crónico» de la nobleza renacentista. ¿Se podía detectar una melancolía similar entre las damas ociosas de Marylebone High Street? Aparentemente, no. Como el resto de cosas, el ocio había cambiado con los tiempos; se había acelerado. Por eso había una especie de urgencia en esas mujeres de banqueros y gerentes de fondos de inversión que negociaban el breve intervalo entre la comida y la recogida de sus hijos del liceo o la American School. Habían aprendido la lección del ocio, la importancia de procurar que no les quedara tiempo para ser infelices. En el Renacimiento el tiempo se acumulaba sin pasar, de tal forma que siempre había tormentas repentinas a punto de estallar. De ahí la melancolía que «impregna los cuadros de Giorgione, un soplo de malestar que no logra agitar el follaje de los árboles [...] Es ese total estatismo de las escenas lo que causa esa extraña impresión».

Atman no había visto el cuadro en 1999, pero era una de las cosas que más ganas tenía de hacer esta vez (si le daba

tiempo): ver *La tempestad*, cotejar el cuadro —y la ciudad — con lo que McCarthy había escrito al respecto.

Lleno del cruasán y tenso por el café, salió de Valerie's y echó un vistazo a la librería Oxfam, parte del curso normal de un paseo por Marylebone High Street. Lo que fue totalmente excepcional fue verse mirando a través de la ventana de una peluquería cara. Él nunca había pagado más de diez libras (con propina), se cortaba el pelo en la misma peluquería desde hacía treinta años, desde la moda de lo unisex de mediados de los setenta, y, lo que era más importante, no necesitaba cortarse el pelo. Pero allí estaba, abriendo la puerta, entrando, dando los primeros pasos para hacer algo que llevaba años pensando: teñirse el pelo. Durante mucho tiempo había considerado el pelo canoso un síntoma, un sinónimo de monotonía interior, y lo había aceptado, consecuentemente, como algo inevitable; pero todo eso estaba a punto de cambiar. Cerró la puerta tras de sí. El interior climatizado tenía un agradable olor a productos de peluquería y poseía un aspecto conservador, aunque no era la clase de establecimiento donde el hecho de teñirte el pelo de un color que no fuera naranja y rojo chillón te convertía en un carroza. Prácticamente se respiraba el ambiente de una clínica o un balneario. Un hombre con el pelo moreno amorfo —¿era una táctica sutilmente insinuante que muy a menudo los peluqueros parecieran necesitar un corte de pelo?— le preguntó si tenía hora.

—No, pero me preguntaba si tendrían un hueco.

El hombre consultó la agenda, pesada y llena de correcciones, una especie de registro del mundo de la peluquería.